



www.edicionesera.com.mx

DAVID HUERTA

El ovillo y la brisa

Para Verónica Murguía

I

.....

ENCADENAMIENTOS Y REACCIONES

Los grandes almacenes

PRÓLOGO A UN CÁNTICO ALMACENERO

Este adormecimiento... Este entrecerrarse de párpados. Este dinamismo de letargo y detenida sinfonía, sujeto a los temblores de cuerdas infinitesimales que el demiurgo ha escondido en los sótanos para jugarme, pulsándolas, bromas de salud y éxtasis. ¡Órficos párpados!

Estas interpenetraciones sublimes en las que puedo encontrar, al vuelo, señas desnudas de un desmoronamiento cansino, lento, un vapor de languidez y encierro.

Quisiera... Pero está todo hecho de tensiones arancelarias, de falta de espacio, de abigarramiento post-industrial, de leyes miopes, de bultos hipnóticos, de rincones abstrusos. No: tengo que elaborar una melodía soez para sobrevivir, un gusto por la suavidad de los acordes nocturnos, una costumbre taciturna de tarareo.

Ruego... Tampoco esto; no quejumbre, no patetismo, no cisnes degollados ni anudamientos de *angst*, no farmacopeas de ningún yo, no estridencias de terciopelo para las envolturas egocéntricas.

Basta. Procedo a la consideración asistemática de los grandes almacenes y al cántico de su sabor extraordinario.

1. LA BÚSQUEDA BUCAL

No sé dónde están los grandes almacenes pero sí sé, en cambio, que yo estoy en ellos a la manera de esas estatuas cicládicas: pies cruzados, expresión de trancida parsimonia en el rostro quieto. No estoy en todo almacén simultáneamente, con esa desagradable ubicuidad concedida a los santos, sino de manera alterna: ora despierto en uno, ora en otro, exactamente igual al anterior.

A saltos de esdrújula, de rotos y desgarrados dactilos, el silencio y el cántico de los almacenes se buscan con denuedo en mi boca.

2. HUMO Y BLANCURA

Las paredes de los grandes almacenes tienen un no sé qué de sagrado. Son blancas, interminables. Fueron encaladas para servir a un ahogo y a una forma de la ceguera.

Humo sale de las paredes y se extingue en mi rostro.

Mi cara –un rostro de levedad adormecida– es un límite para el humo. De mí no pasa este humo redondo; de mi rostro. Aquí se detiene: en la altivez de mi nariz, en la abullonada simpleza de mis labios.

3. GÓLGOTA

El sabor de los grandes almacenes... Cuento los días dentro de ellos y ellos son los días.

Sus espacios me adormecen y en momentos de oro, de fatiga platinada, de iris anegados, me exaltan.

Me tiendo en ellos como en un lienzo mortuorio, pero en realidad me dan vida y verdad: ceremonia de altar y desafío.

Pero no se crea por eso que son templos. No, no: son una forma negativa de iglesias conjeturales, pero no mausoleos ni cenotafios ni pirámides altaneras. Son todo lo que ignoro y todo lo que me rodea. Y a ellos debo mi sabiduría de fugitivo, mi sedentarismo de vagabundo contradictorio, mi viático hacia las orillas esplendentes de la agonía, mi *consummatum est* por medio del cual he erigido a cada momento, dentro de la atmósfera resurrecta de los grandes almacenes, un oficio de calamidad corporal en el aislamiento redentor.

4. LA IGNORANCIA Y LA DUDA

Almacenes de los que no sé nada. ¿Bazares, tiendas o depositarios? Tres posibilidades. ¿Allá afuera están los bulevares y se pasea Balzac por las inmediaciones? ¿Hay un capitalista o hay varios capitalistas detrás de esta existencia almacenera que semeja un cosmos autosufi-

ciente pero dudoso? ¿Toma el dictado Walt Whitman de sus estanterías repletas? ¿Existen esas estanterías que nunca he alcanzado, pues sobrevivo en la extensión desnuda de una inactiva zona de carga y descarga, abandonada u olvidada por los almacenistas que ya no se preocupan por los confines de su imperio de atmósferas intramuros e, inaccesibles a las seducciones del poder, habitan con regocijo trascendental un margen de página en ediciones baratas de Kafka?

5. APUNTE PARA LA HISTORIA NATURAL DE LOS GRANDES ALMACENES

Los almacenes desarrollan una vegetación transparente. Surge un helecho, por ejemplo, sobre el esternón. Crece en convólvulos y zarcillos de inspiración caligráfica: alhambbras, generalifes de una benigna pesadilla; primos de los arrayanes prodigiosos. Invaden el costillar, rodean las tetillas, dan vuelta para abrazar las espaldas inciviles de mi destierro.

Flores adustas, fronterizas. Flores sin forma, derramadas. Flores que cantan entre la confusión de una geografía asfixiante.

Arbustos parásitos que se esconden con pudor excesivo en los rincones de los almacenes. Zarcillos de alucinación conduplicada: anadiplosis en el discurso del encierro.

Esa vegetación almacenera refleja en mil destellos la índole de las paredes y se vuelve una forma paradójica de noche blanca, báltica: mar de los almacenes, mar selvático y lácteo, en los anillos mágicos del encierro.

6. SOCIOLOGÍAS A DESHORAS

En los almacenes acecha una multitud sin nombre ni calidad, sin linaje ni altura de miras.

Es una muchedumbre de costumbres rastreras y de saliva insustancial. A veces la descubro al despertarme: ha manchado mi camisa con su horror micrométrico, estrías azules, secreciones y deyecciones de corvas almas que no puedo ver, pues se esconden en lo más bajo, en lo más disimulado de este cosmos.

Es como si cavaran en el suelo y construyeran sin cesar un suelo paralelo, invisible, imperceptible para mí. Me molestan y me atosigan con su manera de cundir, su estilo de rizomática zahúrda. Son a la vez taimadas y ostentosas. Me plantan un odio y un desdén en el pecho: dos flores imantadas que me ilusionan con la ficción de ser yo un tirano desobedecido, inconsecuente.

7. LA GRUTA DE LAS MÁQUINAS LUNARES

Cerrarse y abrirse de los grandes almacenes: un oleaje ávido.

Cincuenta y dos mil puntas de sal y espuma, de avance a lo largo de las playas, imagen impura de mi conciencia arenosa.

Trescientas sesenta y cinco mil aristas envolventes que pican, tumban, refrescan, rayan, escuecen, cauterizan, llagan, limpian, calientan, entibian, enfrían con indiferencia de máquinas lunares.

Trescientas sesenta y seis mil olas bisiestas en el abrir polifémico de estas grutas bostezantes y en este cerrar monocorde con el que los almacenes clausuran su funcionamiento de tiranosaurios.

8. EL ERMITAÑO Y EL PÁJARO

Ahora vuelvo la vista al techo de los grandes almacenes. Un pájaro. No, una sombra de pájaro. Un pájaro de trazo definitivamente japonés. Un ideograma raudo, recto: sí, un pájaro. Cometo la vulgaridad de preguntarme cómo se habrá metido. Pero de inmediato rectifico y me consagro a ver su pico puesto en el aire, o mejor dicho: lo que alcanzo a ver de esa lanceta que está en lo que me imagino debe ser su cabeza de reptil miniaturizado. Plumas: sí, plumas para la contabilidad de los grandes almacenes. No: plumas de un vuelo azul y blanco, arropado en la sombra y en la hogareña hipocresía del acompañante.

Yo: el ermitaño de aquí, de esta voluminosa y estática grandeza almacenera, tengo un compañerito breve y alado, emplumado hasta la extenuación.

Con un esfuerzo supremo de la mente consigo hacerlo polvo y en pleno vuelo el pájaro ése, el intruso descomedido, se ha extinguido para siempre.

Caen sobre mi testa de viuda griega los restos de las plumas estúpidas.

9. EL DESCANSO DEL ARTÍFICE

Pienso en la palabra “constituye”. Es como un gran almacén. Otra palabra semejante: “deíctico”. Esto que constituye los grandes almacenes. Un señalar sin precauciones hacia todos lados, en un arranque de histeria sin elegancia, en un intento de estilización para fijar una moda de soledad y ansias, rodeada de vastos espacios deshabitados. Señalar con un dedo índice que estaría mejor en la tarea de amontonar en una página, o mejor: sobre una pared blanca, yambos y tarantelas, tarántulas y dáctilos, estrambótico quiasmo. Con el dedo: constituye esto los grandes almacenes, o un poco más abajo, con el adjetivo después: almacenes grandes. Porque la única grandeza, la que vale y rebrilla, es la de los grandes almacenes cuyo sabor dejo aquí con elegancia, ahora sí. Y sin histeria. Salgo corriendo hacia un rincón y me tiro en la majestad de su recalentado

abrigo picapedrero: ahora puede descansar el artífice. Cierro los ojos. Tengo que despertar en otro lado, en otro de los grandes almacenes.

10. LA INSOLENCIA DEL GORRIÓN

Busco el grano de una identidad. El solo grano de invisibilidad espiritual que debería sedarme, mitigar el sabor a barrio bajo que los grandes almacenes suelen difundir, con una gasa daimónica, en los rincones más ruidosos.

Grano de identidad: ¿quién o qué deberá comparecer en medio de esta disquisición, de este debate sordo y parapléjico en el que, como si me hundiera en el fango, la obsesión de la identidad me ha arrojado con un gesto de brusca hechicería, de magia, en convólvulos acezantes de soledad impuramente química?

Almacenados el azufre y la sal, el rutilo y el petróleo –refinado éste en tambos arcangélicos–, el azafrán y la pimienta, la púrpura de Tiro y los tigres disecados de una Hircania mental, los ásperos manuscritos medievales y los cálamos robados del *scriptorium* con escalamiento y nocturnidad. Y yo aquí, preguntando sobre la identidad, ese desecho proliferante, baba de vanidad, llaga de la soberbia lenta, hecha de pausas y altanería sin halcones. Gorrión, pues, de la identidad: en un puño de paladeada trituración concluyo la discusión “que no va a ningún lado”.

II. LAS LEYES DEL MERCADO

Huele a leyes en el interior de los grandes almacenes. Es un olor punzante, de obligaciones y denuncia, de autos revocados y de autos estrellados contra el muro de los delitos, de los conflictos, de las desavenencias.

Reglamentos y cartas, renglones y misivas en donde se “redarguye de falsos a los de la contraria”, desgloses en una intemperie de jurisprudencia y de microclimas abogadiles.

Es un olor de tinta y toga, de martillazo y venda sobre los ojos. Es un olor “legal pero no justo”, indirecto pero envolvente, liberador y encarcelado. Es un olor de legajos y de las volutas perfumadas que se desprenden de la Letra Notarial Encadenada, tal y como puede leerse con dificultad en un par de manuscritos de 1630 adquiridos –evidentemente, bajo cuerda– en una tienda al aire libre de la Plazuela de los Sapos, lejos de los grandes almacenes.